

Margarita Peña

LA REALIDAD CON CUENTAGOTAS

La semblanza, el retrato, la descripción de las particularidades, del modo de ser de Julio Torri abundaron en el homenaje que se le rindió a principios de 1969, y del cual quedó constancia impresa en el número monográfico de "El gallo ilustrado".¹ Ahora, a pocos meses de su muerte, la obra y la persona de Torri se convierten otra vez en tópico de actualidad para críticos, escritores y antiguos alumnos del que fue maestro en literaturas varias: francesa, medieval y renacentista española, en cuanto a literatura ajena; aforística, concisa, individualista y, paradójicamente, universal, en cuanto a la propia. No traeré a cuento las anécdotas, que ya manejó Carmen Galindo con gracia, desenfadado y buena dosis de ternura, calificando justamente a las prosas de Julio Torri de "espléndidas y filosas intuiciones".² No, aun cuando también tenga un recuerdo, entre muchos, del bondadoso maestro a quien fui a importunar con la pretensión de un examen extraordinario, que sustenté en alguna de las habitaciones de la planta alta de la casa de Carlos J. Finlay, una hermosa tarde en que no llovía: examen que endulzó don Julio con caramelos, quizás para que pudiera mejor discernir si en buen castellano de México debe decirse "el sartén" o "la sartén", "el radio" o "la radio". No, de Julio Torri me interesa fundamentalmente la obra, los textos, breves, que plasman juicios personales sobre las más diversas cosas: la luna, el epígrafe, la soledad, la mujer; los ejemplos, en la tónica del apólogo, del "enxiemplo" a la Conde Lucanor que, en Torri señalan, con dedo a veces tímido, el destino del vagabundo, a veces osado, el de Don Juan, el del celoso.

Autor de sensibilidad a flor de piel, en Torri, un poco como en Baudelaire (ya lo dijo Octavio Paz),³ aquella funciona sobre la base de sinestesias, evocación, asociaciones libres. Del epígrafe dice que "su naturaleza es más tenue que la luz de las estrellas". La comparación, sutil e intuitiva, entre lo decantadamente literario y lo cósmico nos coloca en el terreno de la más libérrima de las asociaciones. A Torri se le ha colgado el marbete de "precursor": de Borges, de Kafka. Yo añadiría que la ironía, ya ladina, ya fantasiosa de, por ejemplo, "La conquista de la luna" anuncia, en cuanto a tono, el modo de soslayar un tema, la ironía creativa de las "varias invenciones" arreolescas.

Abundo en lo ya dicho por José Luis Martínez⁴ cuando presiento que la obra de Torri es autobiografía. Hasta en aquello que nos parece lo opuesto a Torri está Torri, ya que ama retratarse en sus antípodas, concebidas y recreadas por él mismo. "La oposición del temperamento oratorio y el artístico" describe al "antiTorri": los oradores son "sensibilidades ruidosas", "naturalezas comunicativas y plebeyas" que "obran en nombre de causas vanas y altisonantes". En el desprecio del autor subyacen su exquisito aristocratismo espiritual, la conciencia plenamente asumida de la torre de marfil, la elevada valoración del silencio.

Es común que Julio Torri dé con el ángulo insospechado de las

cosas, haga girar la realidad; o bien que, avisado de la irritación que va a provocar en el lector, nade contra la corriente, lo que, a mi modo de ver, le confiere la cualidad de francotirador que atina en el blanco desde la posición que Carlos Monsiváis ha considerado propia del "outsider".⁵ Uno de sus textos está dedicado a ensalzar y entronizar aquellos que detentan el espíritu de contradicción. En las extravagantes declaraciones de Torri campea, atenuante, el ingenio suave, contemporizador. El texto se convierte casi en análisis de las relaciones humanas y, como sucede siempre, nos explica al propio Torri: su retraimiento, su timidez. Las prosas de Torri suenan frecuentemente a confesión, a credo.

El mundo literario de Torri es un universo estructurado sobre fórmulas breves, sentencias que no llegan a pecar de solemnes, tan leves y perfumadas como los ambientes que evoca: el salón, la conversación pasajera, lo que él llama "el enfatismo de las quintas esencias". Contruye parábolas; aúna, de modo sorprendente, las hipótesis con las afirmaciones para desembocar en la conclusión aguda. Es el retratista de lo candoroso ("El abuelo") sin que su actitud se contamine de ingenuidad. Se halla lejos, distante, a salvo, manteniendo la "distancia crítica de la realidad", lo cual no le impide experimentar el "amor por la vida".⁶

Las huellas de un romanticismo ya éncestral en el momento histórico de Torri se dejan sentir en la frase ocasionalmente exaltada, melodramática, sombría: "el anhelar agita nuestras almas", "¡Pésele al Destino, nuestro ceñudo príncipe!", de los primeros años. Y la sensibilidad romántica, trasmutada en modernismo a lo Gutiérrez Nájera, que es búsqueda y rebuscamiento de la forma, se percibe en un lenguaje que traza volutas y se vuelve filigrana: "pálido damasco del cielo", "manto ostofado... broslado de gemas", "tenues fulgores purpurinos", "coruscante altar". Importancia del color, de los objetos, del adjetivo que hace de la de "De fusilamientos", una prosa estética.

Valdría la pena rastrear la obra de Torri en seguimiento de un tópico: la mujer. A lo largo de los *Tres libros* ésta es obsesión, *leit-motiv*, "idea fija", "puerta que da a la locura". En "Mujeres" proporciona definiciones exactas, punzantes, implacables, rigurosamente fantásticas. El sexo opuesto es para Torri enemigo que él exorciza mediante la palabra: "mujeres elefantas", "mujeres reptiles", "mujeres tarántulas", "mujeres asnas", "mujeres vacas", les llama. Y, como dice Ramón Xirau en su ensayo sobre Torri, refiriéndose a los unicornios: "No aparecen en el *Manual de zoología fantástica*. Por más que lo consulto no encuentro en las sabias páginas de Borges la menor noticia de estos unicornios que prefieren perecer antes que entrar en el Arca de Noé llena de animales 'limpios e inmundos'".⁷ Tampoco estas féminas monstruosas figuran en el muestrario borgiano. Pertenecen más bien al catálogo de la realidad personal de Torri, elaborado a partir de visitantes esporádicas, tardes solitarias o cursos de verano en la

1. "El gallo ilustrado". Suplemento dominical de *El día*, No. 353, México 30 de marzo de 1969, s.p.

2. Carmen Galindo, "El mejor gourmet de las letras mexicanas", *ibid.*

3. Octavio Paz, Prólogo a *Poesía en movimiento*, Siglo XXI, México 1966, p. 15.

4. José Luis Martínez, *El ensayo mexicano moderno*, Letras Mexicanas, FCE, México 1958, p. 312.

5. Carlos Monsiváis, "La brevedad como don de la lucidez", en "El gallo ilustrado". . .

6. *ibid.*

7. Ramón Xirau, "Julio Torri y el significado de la brevedad" en *Revista mexicana de literatura*, 7-8, julio-agosto de 1964, p. 46.



Universidad, cuando la mujer se sublima en “orquídea tejana”, especie propia no de la zoología sino de la botánica. Por la vía de la burla tremendista, la mujer es verdugo cruel que sacrifica niños en “La cocinera”; verdugo de muebles y objetos preciados en “Hogareña”; virgen profesional en “This a pity she’s a whore”. Es compendio de lo absurdo, es la Envidia, alegoría, símbolo, sirena que no quiso escuchar el llamado de Ulises.

Se ha insistido hasta el cansancio en la parquedad y la brevedad de los textos de Torri. El mismo confiesa su amor a la concisión, que lo obligaba a poner las leyes en unas cuantas líneas, allá cuando fue corrector de estilo en la Secretaría de Gobernación.⁸ Su familiaridad con los textos legales nos remite al Stendhal que frecuentaba el Código Civil en busca de una expresión clara, exacta. En Torri el pensamiento se adelgaza, el mensaje se reduce a la frase única, solitaria y definitiva. Sus textos nos transmiten el encanto, o el hastío de lo cotidiano, desmenuzados en migajas. Los aforismos enfrentan al hombre consigo mismo o con sus semejantes. Propositiones que encierran una anticipada sabiduría freudiana: “Los sueños nos crean un pasado”, o que se aproximan a las *greguerías* de un Gómez de la Serna. Tanto éste como Torri capturan gestos en pocos y exactos términos. Pero en Torri no encontramos la forzada intención ingeniosa de Gómez de la Serna, para quien la greguería es “algarabía, gritería confusa”, amén de “contraseña universal”.⁹ En algunos textos sentimos que Torri está creando el suspenso propio de una narración (“El vagabundo”), que se desliza en un final irrelevante. Ello se debe a que el autor no quiere relatar, sino ejemplificar, ilustrar o simplemente comunicar. Creo que la prosa de Torri es esencialmente comunicativa, en un sentido confidencial. Porque, qué es sino confidencia la emoción velada, *sotto voce* que experimenta ante el niño que juega en el parque y de quien, con un conjuro mágico el autor quisiera apartar todo lo malo: el “fastidio”, el “análisis”, el “desfallecimiento”, el “recuerdo”. Podríamos añadir, el “spleen”, el Hotontimorúmeno que atormentaba a Baudelaire... y a Torri.

8. Luis Terán, “Lo bueno si breve dos veces Torri”, “El gallo ilustrado”...

9. Ramón Gómez de la Serna, *Greguerías*, Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1960, 6a. ed., p. 8.

Sin embargo, en forma ocasional, Torri intenta el texto que linda con la narración. Es el caso de “El celoso”, en donde nos da cuenta de la pasión que sólo los elegidos padecen, y crea una atmósfera de sabor buñuelesco fundamentada en el contrapunto de lo banal y lo sombrío, del rito fetichista y la realidad vulgar. La reflexión, a que tan afecto es Torri, gana sobre la anécdota y la domina. Caso similar de texto relativamente largo es “Muecas y sonrisas”, que podríamos dividir en tres partes: retrato de personajes, citas eruditas, recreación de la añoranza. No existe un hilo conductor observable a simple vista. Solamente una relación tácita, dada en el tema común del hastío y el desengaño. Como sentimiento cardinal apunta la pasión contrariada, que aquí no llega a los hechos. En “Odiseo, Simbad y Robinson”, texto bastante amplio, Torri averigua, inventa datos complementarios de la historia de cada uno de estos aventureros ilustres. Ni qué decir que de haber leído Torri el recién aparecido libro de García Márquez: *Relato de un naufrago*... indudablemente habría simpatizado con ese marino colombiano que a semejanza del héroe de Defoe permaneció largos días “relegado” a una balsa, pues no gozó siquiera del privilegio de una isla.

La última parte de los *Tres libros* contiene un muestrario de preferencias literarias: Veléry, Proust, Machado d’Assis, Arcipreste de Hita, Valle Inclán. Curiosamente, no incluye a Larra, el cual es mencionado con insistencia en una entrevista que Torri concedió hace un año.¹⁰ Sus “Mediaciones críticas” no son, en absoluto, rigurosas. Se detiene solamente sobre lo que le interesa, impresionista en el mejor sentido de la palabra. No practica la reseña y la única aguja de navegar cultos que obedece es la de sus propias predilecciones. Así, combina opiniones sobre un autor determinado con comentarios sobre el romanticismo o con noticias referentes a un clásico que lo entusiasma, todo pergeñado, trabajado sin premura, con amor. Se ocupa de sus contemporáneos. Examina con detenimiento la obra de Reyes; repasa con amistad a Carlos Díaz Dufoo, hijo; con nostalgia a Pedro Henríquez Ureña; con reconocimiento a Rafael López, escritor y mecenas; con respeto y admiración a Justo Sierra.¹¹

Julio Torri vivió su juventud en la época de las jitanjáforas; por ende, ama hacer juegos de palabras con los nombres de sus amigos: juegos de amistad, de taza de café y copa de coñac después de la comida en la que se ha comentado el libro de moda, los cañonazos en la Ciudadela, la visita de Valle Inclán a México. A Efrén Rebollo lo convierte en poeta japonés y le llama Efrén Reboreto San (con fonética aglutinante, por supuesto). Amistades, esenciales para vivir, que él cultiva en dos dimensiones principales: la del afecto y la del ingenio. Amistades delicadas, entrañables, discretísimas, que habría que comparar con esas “hojitas secas que se adhieren a la cola del gato, y que él reparte por todos los rincones de la casa (como) tarjetas de visita”.

10. L. Terán, *ibid.*

11. Cfr. *ibid.*

